

ES La violencia, incómoda compañera de viaje de nuestra historia

EN Violence, our history's awkward travel companion

ITA La violenza, scomoda compagna di viaggio nella nostra storia

FRA La violence, cet incommode compagnon de voyage de notre histoire

POR A violência, uma desagradável companheira de viagem da nossa história

Julio César Goyes Narváez

La violencia, incómoda compañera de viaje de nuestra historia



JULIO CÉSAR GOYES NARVÁEZ

Coeditor en jefe de la revista *Actio* y profesor asociado del Instituto de Estudios en Comunicación y Cultura (IECO) de la Universidad Nacional de Colombia. Licenciado en Filosofía, magister en Literatura Latinoamericana y doctor en Comunicación Audiovisual. E-mail: jcgoyesn@unal.edu.co

RESUMEN (ESP)

Entrevista al profesor de la Universidad Nacional de Colombia Alejo Vargas Velásquez, director del Centro de Pensamiento y Seguimiento al Diálogo de Paz, por Julio César Goyes Narváez, coeditor en jefe de *Actio* y profesor del Instituto de Estudios en Comunicación y Cultura (IECO), acerca del origen y las relaciones entre violencia y política en Colombia, precaria cultura tecnológica, las consecuencias del conflicto armado y la construcción de una paz estable y duradera después de los acuerdos de paz del 2016, entre el Estado Colombiano y las FARC-EP (Entrevista: 13/02/2019).

PALABRAS CLAVE: *violencia política, conflicto armado, diálogos de paz, cultura tecnológica, representaciones políticas*

ABSTRACT (ENG)

Interview with Professor Alejo Vargas, director of the Center for Thought and Peace Dialogue Follow-up at the Universidad Nacional de Colombia, by Julio César Goyes Narváez, co-editor of *Actio* and professor at the Institute of Studies in Communication and Culture IECO, on the origin and relationship between violence and politics in Colombia, a precarious technological culture, the consequences of the armed conflict, and the building of a stable and lasting peace after the 2016 Peace Agreements between the Colombian State and the FARC-EP (Interview: 13/02/2019).

KEYWORDS: *political violence, armed conflict, peace dialogues, technological culture, political representations*

RIASSUNTI (ITA)

Intervista al professore dell'università nazionale di Colombia Alejo Vargas Velásquez, direttore del centro di pensiero e inseguimento al dialogo di Pace, realizzata da Julio César Goyes Narváez, co-editore e capo di *Actio*, professore dell'Istituto di Studi in Comunicazione e Cultura IECO, sull'origine e la relazione fra violenza e politica in Colombia, precaria cultura tecnologica, le conseguenze del conflitto armato e la costruzione di pace, stabile e

durevole, dopo degli accordi di pace dell'anno 2016 tra lo stato colombiano e le FARC-EP (Intervista il 12 febbraio 2019)

PAROLE CHIAVE: *violenza politica, conflitto armato, dialoghi di pace, cultura tecnologica, rappresentazioni politiche*

RÉSUMÉ (FRA)

L'article présente un entretien avec le professeur de l'Universidad Nacional de Colombia Alejo Vargas Velásquez, directeur du Centre de réflexion et suivi du dialogue de paix, mené par Julio César Goyes Narváez, co-rédacteur en chef de la revue *Actio* et professeur à l'Institut d'études en communication et culture, IECO, à propos de l'origine et des rapports entre violence et politique en Colombie, la précaire culture technologique dans le pays, les conséquences du conflit armé et la construction d'une paix stable et durable après l'Accord de paix signé en 2016 entre l'Etat colombien et les FARC-EP (entretien réalisé le 13/02/2019).

MOTS-CLÉS: *violence politique, conflit armé, pourparlers de paix, culture technologique, représentations politiques*

RESUMO (POR)

Entrevista com Alejo Vargas Velásquez, professor da Universidade Nacional da Colômbia e diretor do Centro de Pensamento e Acompanhamento do Diálogo de Paz, por Julio César Goyes Narváez, co-editor-chefe da *Actio* e professor do Instituto de Estudos em Comunicação e Cultura (IECO), sobre a origem e as relações entre violência e política na Colômbia, uma cultura tecnológica precária, as consequências do conflito armado e a construção de uma paz estável e duradoura após os Acordos de Paz de 2016 entre o Estado colombiano e as FARC-EP (Entrevista: 13/02/2019).

PALAVRAS-CHAVE: *violência política, conflito armado, diálogos de paz, cultura tecnológica, representações políticas*



Fotografía de J. Sella, 2019.

ENTREVISTA AL PROFESOR de la Universidad Nacional de Colombia Alejo Vargas Velásquez¹, el 13 de febrero de 2019, en la Casa Museo Jorge Eliécer Gaitán.

JULIO CÉSAR GOYES NARVÁEZ: En la historia de la violencia y el conflicto en Colombia que usted hace, llama mi atención el hecho de que pareciera contradecir esa máxima del marxismo canónico que circuló por el mundo como «fantasma revolucionario» y que justificaba la violencia de los opresores por conservar el poder y de los oprimidos por obtenerlo. Fue algo que aprendimos cuando estudiantes para explicar la historia social y la lucha de clases; me refiero a «la violencia es la partera de la historia». Pienso que usted la polemiza al hacer

¹ Alejo Vargas Velásquez es politólogo y analista. Es profesor titular de la Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Colombia. Es doctor en Ciencia Política de la Université Catholique de Louvain, Magister en Países en Desarrollo de esta misma universidad y Magister en Política Social de la Universidad Externado de Colombia. Estudió Trabajo Social en la Universidad Industrial de Santander. Ha sido vicerrector general, vicedecano académico y de Investigación y Extensión de la Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, y director del Instituto Unidad de Investigaciones Jurídico Sociales Gerardo Molina (Unijus) de la Universidad Nacional. Es miembro de la Comisión de Facilitación entre el Gobierno y el ELN, miembro del Grupo de Garantes de Casa de Paz, miembro de la Junta Directiva de la CPDPM, miembro de la Coordinación Nacional de Redunipaz, director del grupo de investigación sobre «Seguridad y defensa», director del Centro de Pensamiento y Seguimiento al Diálogo de Paz. Recibió en el 2017 la Orden al Mérito José María Córdova, grado de comendador. En el 2015, un jurado de la revista *Semana* lo nombró como uno de los 10 mejores líderes de Colombia. Es columnista de diarios colombianos y extranjeros. Es autor de numerosos artículos publicados en revistas nacionales e internacionales. Entre sus libros están: *Las Fuerzas Armadas en el conflicto colombiano. Antecedentes y perspectivas* (2002 primera edición y 2010 segunda edición), *Guerra o solución negociada. ELN: origen, evolución y procesos de paz* (2006), *Notas sobre el Estado y las políticas públicas* (1999), *Transición, democracia y paz* (editor, 2015), *Diálogos de la Habana: miradas múltiples desde la universidad* (Editor, 2013), *El papel de las fuerzas armadas en la política antidrogas colombiana 1985-2006* (editor, 2008), *Perspectivas actuales de la seguridad y la defensa en Colombia y en América Latina* (editor, 2008) y *Extremismos políticos en el siglo XXI* (coautor, 2008).

el balance de la historia de Colombia, pues opina que desafortunadamente está precedida por un afán de solventar o suplir los conflictos y los intereses políticos activando la violencia; no obstante, usted afirma que no es realmente necesaria porque hay otras maneras o procedimientos sociales, digamos democráticos, para ayudarse y solventar esos problemas políticos. Me surgen, por lo menos, dos interrogantes: uno que conocemos muy bien en la historia de este país, es el problema agrario, tema fundamental en el que usted es un experto. Cuando yo digo *agrario* pienso inmediatamente en las tecnologías, desde luego que está antecedido por la tenencia de la tierra, su distribución y explotación, pero el mundo agrario hoy es un problema tecnológico o ¿cómo se trabaja la tierra para cultivarla y hacerla productiva? El segundo interrogante, que es el que más llama mi atención, es el hecho de que la violencia es también una tecnología. Permítame una digresión, estoy recordando a Albert Camus, el argelino que llegó a París con la máxima de que el siglo XX es el del miedo, dado que este es una técnica. Profesor Vargas, ¿no será que nosotros, los colombianos, aprendimos a manejar una serie de técnicas para aplicar la violencia en diferentes formas sociales, culturales, políticas, económicas, educativas, pero no hemos encontrado ni creado tecnologías para construir la paz? Tenga en cuenta que, para la revista *Actio*, las tecnologías no son únicamente herramientas, aparatos o simples prótesis, sino que ante todo son formas de pensamiento, dispositivos para la reflexión, vías creativas para la formación; las tecnologías como estrategias sociales, educativas, culturales, económicas, artísticas, entre otros.

ALEJO VARGAS VELÁSQUEZ: Como le decía, profesor Goyes, he planteado que la violencia ha sido una incómoda compañera de viaje de nuestra historia. Con esto quiero señalar y tomar distancia con aquellos que creen que la violencia es una necesidad. La violencia

está muy arraigada en fenómenos de la cultura y de las prácticas sociales. La violencia, como sabemos, termina en todos los espacios de la vida; las expresiones de violencia están muy presentes en muchas dimensiones. Es decir, tenemos una tendencia a resolver todos los conflictos acudiendo a la violencia. También tomo distancia con esa tesis de la cultura de la violencia porque, podría decirse, entonces, que somos violentos por naturaleza. ¡No, tampoco se trata de eso! Yo creo que eso no es real y que los seres humanos podemos dejar atrás el uso de la violencia, la podemos regular, tenemos que ser capaces de hacerlo.

El problema es que nuestra historia, y especialmente la historia política, ha estado muy marcada por esa relación entre violencia y política. Dicho de otra manera, desde el siglo XIX —y en eso coincido mucho con colegas como Fabio Zambrano—, los colombianos fuimos convocados primero a la guerra antes que a las elecciones. Por eso la política la percibimos siempre más como una guerra, antes que como un espacio de participación en términos de controversia de ideas. Esto nos ha marcado mucho, de alguna manera tiene que ver con esa cultura política fuertemente intolerante que marcó un periodo de nuestra historia, la del bipartidismo excluyente liberal-conservador, donde la mirada de uno y otro campo era de enemigos no de adversarios políticos, que es distinto.

Yo, por ejemplo, vengo de un municipio donde vivimos muy fuertemente la violencia liberal-conservadora. Desde los siete años ya teníamos muy marcado los hijos de los copartidarios que las familias de otro partido eran adversarios, aunque desde luego eran nuestros amigos. Desde allí se empezaba a dar una idea de socialización de la política como una relación entre enemigos, y ese va a hacer uno de los factores que explica mucho todo ese periodo de enfrentamiento entre liberales y conservadores. Por supuesto, eso no quiere decir que fenómenos como el acceso, la expropiación y la acumulación de la tierra, como bien lo señalabas, no haya estado allí presente en nuestra historia; evidentemente, hubo muy temprano una apropiación de tierras que llevó a que muchos sectores de campesinos —en ese entonces de peones—, de arrendatarios y de aparceros fueran marginados del acceso a la tierra. La posibilidad de acceder a la tierra va a pasar por luchas que, a su vez, van a tener respuestas violentas. Si analizamos lo que sería toda esa violencia de los años 30 y 40 hasta ese gran periodo que llamamos «la violencia liberal conservadora», observamos que estaba marcada por esa disputa por la tierra, pero bajo ese gran paraguas de la disputa entre liberales y conservadores.

Es decir, en ese aparente paraguas de enfrentamiento partidista subsumía otra serie de conflictos, de orden agrario, de orden territorial y de otro tipo. Por eso digo, si bien esa violencia liberal-conservadora es parte de nuestra historia, a su vez se va a entroncar con las nuevas violencias que emergen a partir de los años 60 con el Frente Nacional, con el surgimiento de lo que hoy día llamamos «conflicto armado», que fue el surgimiento de las guerrillas de influencia marxista y de más. En esos entronques, sin embargo, el problema de la tierra sigue atravesándose porque paradójicamente lo que hay en el campo cultural es cuál es el enemigo.

Luego, en el periodo de la guerra fría, ese papel del enemigo lo van a ocupar los comunistas frente a lo que era la institucionalidad. Mucho más reciente en la historia, los comunistas van a hacer remplazados por los terroristas, entonces el terrorismo es el nuevo enemigo que va a remplazar al comunismo. Pero es un poco la idea de cómo en la cultura política tener un enemigo marca mucho en las relaciones; en la otra dimensión, obviamente, la tierra también sigue siendo un factor que sigue marcando porque la expropiación violenta de esa tierra a través de distintos mecanismos ha sido un factor de expulsión de población y de impedir que un sector de la población rural no tenga acceso a la tierra, a la vida, a la producción que está ligada allí.

Por eso nuestra estructura agraria siempre estuvo conformada por un gran sector latifundista y un gran sector minifundista, como en alguna época los llamamos, o de economías campesinas, economías familiares. Pero ese sector de pequeña producción era un gran productor y siempre ha sido de alimentos, el otro era un sector de economías extensivas, de producción para exportación o de ganadería.

Esa tensión estuvo siempre marcada y muchas de las luchas que van emergiendo en distintos momentos de la historia están alrededor de cómo se adecua esa estructura agraria para hacer de este país, un país desarrollado. Es muy interesante el papel que van a jugar algunos reformistas liberales que desafortunadamente terminan frustrados, como Carlos Lleras Restrepo que intenta, en los años 60, inspirado en la Cepal y en las ideas de ese gran economista chileno que fue Raul Prebisch, la idea de la reforma agraria como una forma de acceder a las tierras de los campesinos sin tierra, pero el poder latifundista impidió que eso se diera. Entonces ese tema se va traslapando y se da la paradoja de que en el siglo XXI somos de los pocos países del mundo donde el tema de la tierra todavía marca la dinámica política y las luchas aún por la vida, cuando en la mayoría de la sociedades eso fue un tema que se resolvió en el siglo XIX, o por lo menos en la mitad del siglo XX. Pensemos en los mexicanos con

la revolución de Villa y Zapata, en los bolivianos con la revolución del MNR en los años 30, o los costarricenses después de su guerra civil, incluso los chilenos en la reforma agraria de Eduardo Frei padre, antes de Salvador Allende, y así sucesivamente. Aquí desafortunadamente ese tema sigue estando en la agenda y es aparentemente extraño que un país todavía en pleno siglo XXI esté alrededor del tema de la tierra.

JULIO CÉSAR GOYES NARVÁEZ: esas formas de pensar y de hacer política, arraigando el conflicto a la tenencia de la tierra no han podido superarse, ha sido difícil hacerlo: ¿cómo entonces pretender construir un ambiente, un modelo o modelos de paz en donde podamos por fin dar salida a esos conflictos atávicos, por decir lo menos? Demasiado reiterativo hablar de la tan anhelada reforma agraria con eficacia, pues esa es la historia de todo nuestro conflicto. ¿Cómo podemos superar estos problemas de fuerzas políticas enfrentadas de manera casi ancestral, de espacios y tiempos de gran violencia, esa injusta y despiadada ocupación de los territorios campesinos, indígenas, afros? Es decir, ¿cómo podemos superar el problema de usurpación, enriquecimiento y corrupción en todos los niveles sociales y culturales en relación con la tenencia, producción y tecnología de la tierra en Colombia?

ALEJO VARGAS VELÁSQUEZ: Este es justamente un tema muy interesante porque esa estructura agraria que tuvimos y que seguimos teniendo, en el fondo, conllevó a que se perdiera una gran riqueza cultural y tecnológica. Cuando uno piensa en eso que llamaban «minifundio», y que luego denominamos «economía campesina» o «economía familiar», allí lo que había era una gran riqueza de producción y de tecnología de los pequeños y medianos campesinos. Esto se ve cuándo se trabaja con los campesinos en Nariño, Boyacá, Santander; aquí o allá, cómo hacen ellos para trabajar la tierra, cómo enfrentan los temas tecnológicos, cómo enfrentan los temas de manejo de siembras en pendientes, cómo enfrentan los temas de riego, de semillas, etcétera.

A pesar de esa escasísima disponibilidad del recurso tierra, toda esa tensión también llevó a limitar unas potencialidades. Es increíble que hubieran podido quizás desarrollarse más positivamente desde el punto de vista de cómo esas tecnologías apropiadas —para usar alguna expresión que estuvo de moda en la experiencia campesina— podían haber contribuido a producir alimentos, formas de organización y de vida distintas a las que después tuvimos que vivir, porque lo que primó fue la violencia y con ella la expulsión de miles o millones de personas de sus territorios.

Digamos que es particular la manera como el desarrollo agrario se fue dando, si es que quiere decirse de esa manera. Conllevó a frustrar una potencialidad que afortunadamente no está muerta del todo, pues quedan en muchas regiones formas de resistencia en ese sentido, no es una resistencia violenta ni mucho menos, si no tecnológica, es la capacidad de producir y adecuarse, pero que cada vez es más difícil porque claramente eso está atravesado. Por otro lado, está el desarrollo de tecnologías mayores que hace cada vez más difíciles las condiciones de vida de la población campesina y los jóvenes ya no quieren habitar lo rural, por eso hoy día tenemos a los jóvenes fuertemente atraídos por el mundo urbano. Es absolutamente entendible que así sea; es entendible pero no necesariamente explicable porque ellos podrían tener otras condiciones de vida que pudieran ser más amables. Los jóvenes también pueden cuidar la producción agraria en condiciones de vida óptimas, eso podría ser atractivo para mantenerse en el campo, pero ni siquiera hay vías, electricidad y mucho menos acceso a redes digitales y conectividad. Todo ese mundo claramente para esa población no es atractivo, pero no es porque necesariamente sea así, sino porque ese modelo de violencia contradictorio ha marcado la historia y la ha atravesado.

Muchos pensamos que un proceso de terminación del conflicto armado —eso que a veces llamamos «paz», pero que es una expresión ambigua, a mi juicio— podría ser una oportunidad importante para empezar, por lo menos parcialmente, a revertir ese modelo violento. Desafortunadamente requiere que gobiernos en el mediano y largo plazo apoyen ese proceso de cambio porque evidentemente no es un cambio de un momento para otro, ni mucho menos. Desafortunadamente, es el arte del traspies el que estamos viviendo ahora. Si uno



Fotografía de J. Sella, 2019.

mira en el mediano plazo, todavía sigue la esperanza de que quizás en próximos gobiernos no se vaya a revertir lo poco que se ha avanzado.

Es muy importante abrir la posibilidad de entender la complejidad del mundo agrario porque no puede verse solo como un campo de rentabilidad capitalista. Ojalá lo vieran y lo aplicaran así, pero cuando uno mira alrededor de 40 millones de hectáreas donde hay una vaca por hectárea, ¿cuánta rentabilidad debería darse si se tuvieran 20 vacas por hectárea? Yo diría que ahí hay tecnología aplicada, así sea importada, pero no hay ni siquiera eso. Entonces, ¿cómo hacer para que efectivamente se le pueda dar posibilidades a esa masa de población rural que no ha tenido esas alternativas de trabajo?

También debemos aprender a convivir —esa es otra dimensión— con esa otra masa de población que vive en el mundo rural, que son nuestros pueblos originarios, nuestros pueblos indígenas o los pueblos afrodescendientes, quienes tienen culturalmente otra forma de leer el mundo. Algunas personas piensan que el fenómeno de rentabilidad capitalista es el mismo para una comunidad afro o indígena; para muchos de estos pueblos, la tierra no es un tema de explotación intensiva, se trata de vivir y convivir de manera adecuada unas zonas con otras, y demás. Eso es parte de lo que tendríamos que aprender para convivir de una manera adecuada y también, si se quiere, productiva, pero no solo metidos en las lógicas intensivas cuya racionalidad es el capitalismo.

Entonces uno piensa que quizás hay posibilidades con la terminación del conflicto armado, sin embargo, hoy estamos todavía patinando, pero —por supuesto— hay que guardar la esperanza de que podamos superar este bache y poder continuar en esa dirección.



Fotografía de J. Sella, 2019.

JULIO CÉSAR GOYES NARVÁEZ: Una de sus aseveraciones, a propósito de la historia de Colombia, es que los campesinos no han tenido representación. Yo diría que tal vez sí la han tenido, pero esa confianza ha sido traicionada y engañada. No sé si podríamos decir que hoy los grupos de campesinos, afros, indígenas, los colectivos de mujeres, los LGBTI, los ambientalistas, activistas de calle y muchos otros sectores que viven al margen de la política canónica y los planes de desarrollo de los gobiernos tienen representación, quiero decir, una eficaz representación. La pregunta sería ¿hasta dónde estas formas de representación son eficaces?, ¿hasta dónde hay que esperar a que maduren? Se ven fuertes a pesar de los cercos e intimidaciones de los partidos políticos tradicionales, las desapariciones a manos de grupos ilegales y de la presión del propio Estado, las amenazas y muertes justificadas o camufladas por el conflicto armado, la mafia y la violencia política que usurpa, a como dé lugar, el deseo de poder que crece en esas representaciones.

ALEJO VARGAS VELÁSQUEZ: Yo creo que este tema claramente hace parte de los cambios globales de los cuales no nos podemos sustraer; hoy día tenemos otros fenómenos sociales y políticos que hace 50 años obviamente no estaban en la agenda, como por ejemplo el respeto a las minorías y a la diversidad sexual, la atención a temas de equidad no solo de género, sino de distintos sectores. Hoy día se complejizan las demandas en la sociedad y allí probablemente el campesinado tendrá que moverse. También es muy interesante destacar que las Naciones Unidas le dio un reconocimiento especial al campesinado, como un sujeto político especial, ya que paradójicamente nunca había sido reconocido como tal.

Evidentemente ya no podemos ver el tema político y social en los términos bipolares, tal como pudo leerse la dicotomía del pasado. Hoy día son sociedades mucho más complejas donde las representaciones son más diversas y, dentro de ellas, está el campesinado. Ellos deben aprender a ubicarse, porque ya no es solo el campesinado el que representa intereses, sino que tiene que conectarse con los temas LGBTI, por ejemplo, tiene que conectar con los temas de equidad de género y con todas esas otras diversidades que son propias de esta realidad. Claro, allí hay unos desafíos muy interesantes para la construcción de democracia porque creo que hoy es evidente que, de ninguna manera, el voto es una formalidad de la democracia, es representación, es participación en la toma de decisiones. Entonces, se diría que los campesinos tienen que seguir demandando una mayor representación porque esta ha sido muy precaria, a diferencia de los grandes propietarios que siempre obtuvieron una sobrerrepresentación política fuerte y duradera en este país, reflejo de ese peso que tiene.



Fotografía de J. Sella, 2019.

Yo creo, sin embargo, que eso también es parte de lo interesante y complejo que enfrentan las sociedades contemporáneas y que seguirán enfrentando a futuro. Cada vez hay sociedades mucho más diversas en sus representaciones, demandan cada vez más representaciones en cada campo en particular y no están dispuestos a delegar esas representaciones en otros.

JULIO CÉSAR GOYES NARVAÉZ: No puedo cerrar esta conversación sin estimar lo que usted piensa sobre el resultado de las negociaciones en La Habana, más precisamente lo que conocemos como la implementación de los diálogos de paz y que ahora muchos analistas y periodistas tratan como el posconflicto. Este modelo de paz parece no cuajar y menos en un gobierno como el que objeta lo ya salvado y firmado. Es preocupante que se diga que es un compromiso del gobierno anterior y no una responsabilidad del Estado, y que además se opongán a que de manera inmediata funcione la búsqueda de verdad, justicia y reparación. ¿Es confiable para la construcción de paz que un gobierno presente un plan de desarrollo donde la inversión es mínima y donde hay más reformas que proyectos para distribuir una economía de paz? Sin embargo, tenemos esperanza de que algunos sectores gubernamentales y civiles se apropien de los resultados de los diálogos a los que llegamos, dibujando un porvenir

donde sea posible compartir y vivir, convivir con los oponentes en política, defendiendo valores democráticos y no matándonos en las montañas y en las calles, donde ya de por sí se capitalizan sus propias violencias.

ALEJO VARGAS VELÁSQUEZ: Yo creo que el panorama no es fácil hoy para la implementación, es un panorama complejo. Sin embargo, quisiera no ser tan pesimista, primero porque la implementación en el plan marco que acordó el gobierno anterior con las FARC-EP estableció un horizonte de tiempo de 15 años, es decir tres gobiernos, dos más del actual. De manera que, obviamente, todo depende de las correlaciones políticas. Por eso va a ser definitivo qué gobierno en el 2022 elijan los sectores amigos de la paz, porque yo creo que en esta ocasión se equivocaron en las divisiones que tuvieron y no fueron capaces de elegir un gobierno favorable. Afortunadamente, vamos a tener de nuevo posibilidades este año con las elecciones regionales y locales; hay que ver qué gobernantes territoriales o locales se elijan, esto es muy importante.

Por otro lado, el Gobierno nacional en algunas cosas tiene que —y está comprometido— seguir implementando algunos aspectos, por ejemplo, apoyar la reincorporación a la sociedad de los miembros de las antiguas FARC, hacer

un tránsito a ser ciudadanos reincorporados productiva y políticamente en la sociedad. Para esto es muy importante el apoyo de la comunidad internacional que ha sido muy consistente, claro, no sin dificultades. Además, que empiece avanzar ese tema agrario. En este punto hay dos cosas que, a mi juicio, por lo menos, están ampliadas como expectativas: por un lado, está el avance en lo normativo, tanto en el campo de la justicia agraria como en el campo del catastro multipropósito, que son dos leyes muy importantes. El actual Gobierno se comprometió a presentarlas este año, la de catastro en el primer semestre y la otra en el segundo semestre. Esperemos que empiece la legislatura y luego podremos decir si incumplió o no, hay que abrir un compás de espera. Además, está la presión de la comunidad internacional, que es muy importante valorar porque eso es parte de lo que el actual Gobierno se ha encontrado en el ámbito internacional. Cada vez que el presidente va al exterior, lo primero que pregunta la comunidad internacional es ¿cómo va la implementación del proceso de paz? Entonces, aunque el mandatario no quisiera que ese sea el tema, está inevitablemente en la agenda; mal que bien las cosas van a tener que ir andando.

Igualmente, no podemos desconocer que hay un Congreso en el cual el Gobierno no tiene mayorías, desafortunadamente también hay una oposición dispersa, incapaz de nuclearse. Ese juego entre esos dos campos está indeterminado. Yo realmente creo que serán posibles los acuerdos de paz, independientemente del tema de los asesinatos de líderes sociales y demás, que sigue siendo y tiene que seguir siendo una gran preocupación. Yo no creo que sea posible una vuelta a eso que llamamos «la guerra», no creo que eso esté en la agenda y no es fácil que vaya a estar.